

CULTURA POPULAR

Lluvia menuda



LA REPARTIDERA

PRIMERA ESCENA

—Vendrá, ciudadanos, vendrá el gran día,—gritaba el orador en medio de inmensa turba de descamisados.— Los ricos caerán; somos los más. Nada resistirá á la avalancha socialista. Caerá Dios, caerá la patria, caerá la propiedad, y entonces vendrá el gran día de la repartición universal.

—¡Viva la *repartidera*!—gritó un energúmeno, y millares de berridos contestaron:

—¡Vivaaa!...

—¿Quién repartirá?—preguntó un curioso.—¿Los de arriba ó los de abajo?

Biblioteca Nacional de España

—Los de arriba, por tener más *intelecto*, —contestó el orador.

—¡Los de abajo! —afirmó en voz recia un carretero. — Los de abajo, por tener más puños.

—¡Aquí no hay arriba ni abajo! —chilló una voz de clarinete. —Aquí todos somos iguales. ¡Viva la igualdad!

—¡Vivaaa!

—¡Qué igualdad ni qué rábanos! —mugió un barrigudo. — Que me quiten la barriga y entonces seremos igualitos.

—¡Que se la quiten!

—¡Que se la quiteeen!...

Un carnicero desenvainó la cuchilla y se acercó al barrigudo.

—Servidor de usted, —dijo blandiendo el instrumento.

—¿Eh?... ¿eh? —dijo alarmadísimo el de la barriga, cubriéndosela con ambas manos.

—¿No decía usted que...

—No decía nada... ¡Viva la igualdad!... esa que ustedes dicen, que no sé cuál es, pero ¡viva!

—El ciudadano barrigudo —gritó el orador —ha *rectificado*. Dejadle en paz:

—¡Ah! porque si no... —murmuró el carnicero envainando la cuchilla.

—¿De qué igualdad hablan éstos? —preguntó el pobre barrigudo á un raquítico encanijado que se le arrimaba.

—De la de riquezas, —contestó el raquítico.

—No es la igualdad de riquezas —opinó en voz bronca un ex-estudiante de leyes que había vendido los libros, y, en vez de metérselos en la mollera, prefería metérselos, convertidos en *avisao*, entre pecho y espalda. —No es de la igualdad de riquezas de la que hablan sino de la igualdad de derechos.

—¿De qué derechos? —preguntó un padre de familia.

—De todos.

—Y mi niño ¿tiene el mismo derecho que yo?

—El mismo.

—De modo que puede castigarme y corregirme, como yo á él.

—Hombre, hombre... ¡Vaya una salida! Claro que no puede.

—Pues ¿de qué igualdad de derechos habla usted?

—¡Qué derechos ni torcidos!—saltó muy ofendido un estevado y giboso por añadidura, que acababa de llegarse al grupo.—Aquí todos somos derechos ó torcidos, como Dios nos ha hecho... Y esa igualdad irritante de cuerpos...

—Si no hablamos de eso.

—Pues ¿de qué igualdad se habla?

—De la igualdad de nacimiento,—dijo un mendigo.

—¡Chissst!...—sisearon por todas partes.

—¡Silencio, que nos cuelgan!—aconsejó prudente el barrigudo.

—Sí, señores,—continuó el orador,—habrá reparto equitativo de bienes. Se atenderán las reclamaciones del pobre pueblo. Los ricos... ¡que se revienten!

—¡Bravooo!

—Pido la palabra,—dijo un obrero.—Quiero que se acuerde su mercé y los que repartan de que apenas como, y mi amo traga como un buitre, y tiene *auto* y vá al *tre-ato*, y yo quiero *auto* y mucho *parné* y fumar *brevas*... Mi amo será mi *chauffeur*.

—Se concederá lo que pide el ciudadano.

—¡Viva la igualdál!

—¡Vivaaa!...

—También yo quiero *auto*,—pidió otro,—y fumar *brevas* y beber *chanpán*.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yooo!...—gritaron todos.

—No puede ser,—dijo el orador.

—¿Por qué?

—Porque no habrá tantos *autos*, ni *brevas*, ni...

—¡Abajo el charlatán!—gritó uno.

—¡Abajooo!...—Y voló por el aire un terrón anónimo que le dió al orador en las costillas y le hizo besar el santo suelo.

—¡Burros de reata!—dijo alzándose y huyendo, acosado de puntapiés y pescozones.

Sin orador que contuviera ó encauzara al menos las pasiones de la muchedumbre, empezó á rugir aquel mar encrepado. Unos pedían cuartos; otros, una casita. Un labrador pidió una viñica lindante con la suya.

—Darle un trancazo,—gritó uno; pero el de la viñica había ocultado el bulto.

—La fábrica será mía,—dijo un metalúrgico.

—Y ¿por qué no mía?—le objetó otro: y se liaron á cachetes.

Dos pescadores contendían á bofetadas sobre cuya sería la barca del patrón. Un sastre chillaba con una mujerona y le juraba que le cobraría dobladas las hechuras, amén del medio traje que le pertenecía. Ella le amenazó con las uñas; él tembló un poquito. Más allá contendía el carnicero con otro de su oficio. Del moño se tenían asidas dos mujeres por partirse á medias los siete lechoncillos del amo: cada una quería cuatro. Alzábanse doquiera puños amenazadores; todos gritaban y nadie se entendía. Se enardecieron los ánimos, cruzáronse garrotes, y empezó general sarracina que sólo terminó por el cansancio de los contendientes.

Si antes de la cacareada *repartidera* no se entendían, ¿qué sería cuando llegara? Esto se preguntaban todos al retirarse, mustios los semblantes, rascándose las costillas.

Y esto debe preguntarse el bobalicón que crea en la famosa patraña del socialismo.

M. S.